

DE LA INMADUREZ EN POESÍA

Diego Colomba
Universidad Nacional de Rosario

Resumen: Este trabajo indaga en una serie de atributos comúnmente asociados a la denominada “poesía joven” con el fin de advertir sus implicancias retóricas, enunciativas e institucionales y los modos en que las mismas atraviesan algunas discusiones del campo poético contemporáneo.

Palabras clave: poesía joven, inmadurez, forma, subjetividad.

Abstract: This paper explores a number of attributes commonly associated with the so-called "young poetry" in order to warn his rhetorical, enunciatively and institutional implications and the ways that they go through some discussions of contemporary poetic field.

Keywords: young poetry, immaturity, form, subjectivity.

“Quizás la juventud sea sólo este
perenne amar los sentidos
y no arrepentirse.”

Sandro Penna

Me dejo llevar por las palabras que dan nombre a este encuentro¹, les sigo la corriente, crédulo, sin el cinismo de un adulto resentido que ya preparó los dardos y lanza, como una trampa, su frase irónica. Aun cuando me interesa cada vez menos, por razones personales, la palabra “joven”, tan bastardeada además en la actualidad —se la usa para cosas muy distintas y en algunos casos hartamente reprochables (por ejemplo, para negar la creciente posibilidad de morir)—, voy a enfocar mi atención en la proposición “poesía joven” para intentar, contra mi desconfianza declarada, pensar de un modo cordial cuestiones de la poesía a secas, sin ningún atributo que la limite.

Recurriré entonces a mis saberes de docente y crítico para gravitar alrededor de un objeto que justamente pone en entredicho la importancia de las ideas y los saberes: el joven es el que no sabe, o al menos sabe mucho menos que lo que sabe un adulto. Pero en esa carencia, juventud y poesía se encuentran. Porque, como aventuró María Negroni, “la poesía es una epistemología del no saber”.

¹ Presentación realizada en *La Juntada. Festival de poesía Joven*. Rosario, Escuela de Letras, Facultad de Humanidades y Artes, viernes 24 de abril de 2015.

Inmaduros

Lo primero que se me viene a la mente leyendo el título del festival es la idea de inmadurez, y luego una serie de palabras que están asociadas a ella: irreverencia, informalidad, ingenuidad, credulidad, ignorancia, insuficiencia, inferioridad...

A mí, que me encanta la música, me intriga lo que tienen para decir sobre ella aquellos que confiesan odiarla. Por eso, para comenzar tensando la cuerda argumental, voy a recordar algunas palabras de un narrador polaco, que pasó muchos años en la Argentina, y escribió en más de una ocasión “contra los poetas”:

Ataco la Poesía por la misma razón que ataco la Nación o ataco el mito de la Madurez: en nombre de la percepción inmediata de las cosas, en nombre de la espontánea humanidad. Ataco todas esas Formas que dejan de ser para el hombre un cómodo abrigo y se convierten en rígido y pesado caparazón. Ataco todo aquello que, contra nosotros, crece por sí solo, y para comprometernos.

Ese narrador es Gombrowicz², y para él lo inmaduro supone lo maleable, lo que aún no tiene forma ni se compromete con alguna de sus cristalizaciones. La madurez, por el contrario, sería la forma conclusa, que se conforma a las convenciones, a la cultura dada, a los estereotipos, a lo gregario. La madurez sería la máscara social de una inmadurez individual que renuncia a alcanzar su propia forma y se somete a la forma consagrada, bajo la presión de lo instituido.

² Conferencia publicada en Gombrowicz (2006, p. 6).

No me refiero entonces a la acepción de inmadurez como infantilismo, que suele involucrarse con ese ronroneo nostálgico explotado hasta el cansancio por la publicidad o las ficciones ligeras que idealizan una edad en la que sus protagonistas eran tan patéticos y poco peligrosos como sus añorantes postreros, ahora con canas y exceso de peso, una inmadurez de segundo orden, diríamos, la del héroe de comedias familiares que no se deja domesticar y no para de hacer pendejadas, y que surge más bien como consecuencia del poder que ejerce un hombre sobre otro.

Con inmadurez aludo a las formas inacabadas que irrumpen en determinados acontecimientos del cuerpo y que pueden ser utilizadas como instrumentos de innovación o de creación. Es decir, que no responden a la función instrumental de una voz de la conciencia sino que intentan expresar la materia descompuesta de un cuerpo.

En esa dirección, Gombrowicz apela al valor disruptivo de la inmadurez destacando la figura de la juventud como un momento decisivo en la vida de una persona o de una comunidad en que, paradójicamente, se sostienen actos que escapan a la cronología de los cuerpos. Actos que no están cargados de mayúsculas como aquellos que se puede proponer alguien que quiere, mediante la literatura, transformarse en el Poeta, el Escritor o el ciudadano de la Poesía con mayúsculas. Sino actos menores o intrascendentes que fuerzan la inventiva o la creación de las formas, y que hacen a la singularidad de los sujetos.

A esos momentos alude el sombrío Pavese en uno de sus diarios. En su condición de artista, le resulta insoportable “no sentirse ya en los comienzos”. Anota: “La única alegría en el mundo es comenzar. Es hermoso vivir porque vivir es comenzar, siempre, a cada instante. Cuando falta esta sensación —prisión, enfermedad, hábito, estupidez— uno quisiera morir”³.

Menores

Para decirlo de otro modo, una poesía joven sería aquella que escriben los que no son Poetas con mayúsculas. Aquellos que no escriben amparándose en el carnet de Poeta que les fuera otorgado por las revistas, los suplementos culturales, las editoriales, las universidades: lo hacen como forasteros desconocidos, para los demás y para ellos mismos. ¡Qué bueno es no encontrarse casi con nombres de otros poetas en los poemas de quienes participan del festival! Algo tan común en la década del noventa, cuando pululaban los intentos por hacer de la poesía un club, el club de los Poetas, con restricciones de ingreso parecidas a las del Jockey Club, aunque sus socios posaran de chicos barderos que cantaban en la calle.

Poetas menores son aquellos hombres y mujeres que escriben a partir de la sensibilidad de hombres y mujeres comunes, y se desentienden para eso de una sensibilidad "profesional" o “un espíritu gremial”. Como le confesaba Rilke a un joven poeta en una carta: “en todo lo real estamos más

³ Nota del 23 de noviembre de 1937, en *El oficio de vivir* (Pavese, 1992).

cerca del arte que en los oficios semiartísticos e irreales que, dándonos la ilusión de su proximidad, de hecho niegan su existencia y lo dañan”⁴.

¿Qué se puede esperar de “La Juntada”, un festival con un título tan poco serio y formal? Que lean poetas con minúscula, que no le esquiven al choque de sus versos contra oídos ajenos, algo cada vez más infrecuente en los festivales de poesía, donde pocos Poetas leen frente a pocos Poetas que aguardan, mientras tanto, su momento de hacerlo, en su desempeño cuasi administrativo de Poetas, con la solemnidad o el aburrimiento propios de un culto religioso. Diana Bellessi, una poeta que no deja de buscar su propia forma aunque en su desempeño social funcione como una autora con mayúscula para cierto entorno discipular, declara en una entrevista reciente:

(...) la poesía compone a ciegas y no se parece a ningún otro género literario. La poesía está afuera de la literatura, está en el pueblo. Me da risa cuando se habla de la escasa popularidad de la poesía, porque confunden el mercado con la pequeña voz del mundo. Los poetas no vamos a la vanguardia de nada, vamos atrás con el "popolo", y a Dios lo podés poner en el mismo lugar, porque la poesía habla como una santa, a lo loco. Cuando escribís, en lo profundo de vos tenés que ser un bárbaro.⁵

⁴ “Carta X”, en *Cartas a un joven poeta* (Rilke, 2004, p. 54).

⁵ En “*Pasos de baile*, una obra donde la vida baila con la muerte”, entrevista publicada en la agencia Télam, el 27 de marzo de 2015.

De algún modo, los participantes de la Juntada saben de ese choque con los profanos en poesía, cuando comparten sus textos en las redes sociales o en sus blogs, o cuando leen en espacios públicos, porque frente a verdaderos otros se destacan sus puntos débiles y pueden escribir versos sin estar satisfechos de ellos, y seguir trabajando por volverse más artistas y creadores y universales, chocando con los que no entienden de poesía, que también son ellos mismos: “Lejos del mármol y los honores. Que la vida de la poesía está, en todo caso, en las manos de quienes la ensayan, la borronean todos los días, sin dar en el blanco”, postea en una red social el escritor Osvaldo Bossi. Podría pensarse entonces a la poesía joven como más fresca y libre del pasado, no comprometida con nadie ni con nada, no paralizada por los reconocimientos, los podios, las obligaciones y las responsabilidades, no definida por lo que ya se ha hecho.

Para ella, se trata de crear una forma propia, aunque sea una “forma mala”, para expresarse, una forma imperfecta que surja de la propia experiencia de quien escribe y no de las voces adultas y autorizadas de su entorno. Desde el año pasado, sigo los microensayos del recién mencionado Bossi en Facebook, donde se aventura en una feliz filosofía de la escritura, un pensar que no renuncia al lenguaje erótico y sensual propio de su objeto, y que considerada en conjunto compone una especie de poética de la inmadurez. Escribe en el post “La ley del deseo”:

Si quiero —le dije a mi amigo San, mientras tomábamos una cerveza— puedo escribir un poema sobre cualquier cosa, un cuento sobre cualquier cosa; pero qué importancia

tiene eso. Lo difícil es encontrar lo que uno y solo uno quiere decir. Aunque sea una sonsera. Y renunciar a todo lo demás. (...) ¿a quién le importa escribir bien? Todo lo que sé no me alcanza, por eso tengo que renunciar, u olvidar, como prefieras. La cuestión, San, es que teniendo todo el lenguaje del mundo, yo me quedo con dos o tres boludeces que, de tanto repetirlas, se han vuelto sagradas para mí. Por eso fracaso todos —o casi todos— los días.

Creativos

Todo acto creativo está atravesado por estas dos aspiraciones: desear la forma y la definición; defenderse de la forma. La inmadurez es ese estadio de rebelión contra la Forma, es la insuficiencia que se siente frente a la mascarada de la importancia de sí, de esa labor autodefensiva de no ser nunca percibido como dubitativo.

En una entrevista que le hicieron durante su residencia en Francia, Gombrowicz habló de esa tensión:

(...) el hombre aspira, por un lado, a la madurez, a la plenitud, a convertirse en un ser acabado, es decir, en ser alguien similar a Dios, ¿verdad? Y, por otro lado, está fascinado por la juventud. ¿Por qué? Porque la juventud es la vida, es la fase ascendente, es la fase en que uno es cada vez más vital (...) Todo lo que uno hace es una negación a envejecer.⁶

⁶ En *Autobiografía sucinta, textos y entrevistas* (Gombrowicz, 1972, p. 33).

La inmadurez es una rebelión que afirma nuestra insuficiencia y nuestra perplejidad ante la multiplicidad de la experiencia. Desde esta perspectiva, la inmadurez guía nuestros actos: construimos el mundo porque somos inmaduros, la inmadurez es la fuerza que está detrás de nuestros actos creativos. La forma, por su parte, es algo que está siendo creado continuamente por los hombres y que nunca les satisface. Por eso la inmadurez es una actitud frente al arte, que le permite restarse importancia y restarle importancia a los demás. Otra vez Bossi:

Hay poemas pesados como el mármol; otros, ligeros como el agua. Poemas escritos para la eternidad y poemas escritos para el olvido. “La meta es el olvido”, dice Borges en un poema que se llama, si no me equivoco, “A un poeta menor de la antología”. Les confieso que mi corazón está siempre con estos últimos. Sobre todo, porque escribir para la eternidad conlleva ciertos riesgos temibles (y eternos) como el aburrimiento y su hermana gemela, la pedantería. Algunos poetas parecen sociólogos, filósofos, historiadores, psicoanalistas, especialistas en gramática... Cuando escribir versos es la tontería más grande del mundo, de acá a la China. De lo contrario, y si uno fuera realmente inteligente, se dedicaría a otra cosa (“Tontos o inteligentes?”).

¿Qué sucede si en lugar de aceptar esa insuficiencia optamos por ocultarla o disimularla? El crítico Martín Prieto advierte la frecuencia con que autores reconocidos niegan o rechazan sus primeros libros cuando jamás lo hacen con los últimos, o se alejan de sus primeros ídolos literarios, una vez legitimados, porque no encajan con los rasgos temáticos, enunciativos o

retóricos que ahora los identifican como autores o con el gusto adulto. Como si todo debiera aceptarse en bloque, y no en los devaneos de una indeterminación permanente que puede perturbar sus conciencias profesionales.

Inclasificables

En épocas pasadas, postular la falta de compromiso en la escritura hubiera resultado de pésimo gusto para una parte importante de la audiencia, pero quienes escriben una poesía joven no parecen estar dispuestos a morir por las ideas, los estilos, las tesis, las consignas y las creencias. Parecen más bien dar un paso atrás y tomar perspectiva respecto de lo que no cesa de producirse en ellos. Sin embargo, contra lo que uno podría esperar, esa falta de compromiso tiene efectos políticos y estéticos, cuando propicia el descalabro de la sintaxis cultural del momento. La asimilación desprejuiciada de diversas formas de escritura hacen sonar de un modo imprevisto el interior de las tradiciones que, molidas y recompuestas por el poema, ya no podemos reconocer con facilidad cuando leemos.

En lugar de tomar posiciones para oponerse a otras, estas escrituras cambian todo el tiempo sus modulaciones, contradiciéndose a sí mismas. Así, la juventud se vuelve un refugio contra los valores o, lo que es lo mismo, contra la cultura. Rechaza su asimilación a las leyes del gusto, que suponen siempre a un sujeto judicial, integrado a la polis. Concebida como un valor en sí mismo, deviene una fuerza destructora de todos los otros valores, que no le son necesarios porque ella es autosuficiente.

La poesía suspende el estado de la lengua (a la vez de la identidad y del sentido) mediante la pluralización y la figuración de la pluralidad antes aludida. Y desestabiliza el sistema de expectativas retóricas: es un modo plural de reescribir las tradiciones. En la poesía joven, todas las tradiciones poéticas parecen más a menos presentes, y puestas en tensión. Al respecto escribe Bossi en un post:

Me sorprende que todavía, en literatura, existan afiebrados enfrentamientos. O una cosa o la otra. La lírica versus la antilírica (y aquí pongan el nombre que quieran, realismo, prosaísmo, etc). Objetivismo y las variadas formas de subjetividad que emprende la lírica. Poetas mujeres y poetas varones... Cuando son tan hermosas las mezcolanzas y los cajones desordenados.

La escrituras de los poetas jóvenes de La Juntada resultan menos un sistema que una constelación móvil de confusiones, que opera siempre en torno de la identidad, para descomponer sus formas aceptables e inventar morfologías contraculturales de la subjetividad. Tras leer algunos de sus manuscritos, el narrador Mario Levrero le escribe a su amigo y poeta tardío Francisco Gandolfo: “esto que usted me ha enviado no es poesía, no puede modificarse, debe vivir aunque nadie la acepte (no es lindo, no se entiende, parece joda, etc.). Es un objeto vivo que está en el mundo, y chau”. Y en otra carta le advierte: “Cuidado con sentirse realizado, porque eso mata. Piense que recién empieza, recién está pisando el umbral”⁷

⁷ En *Correspondencia* (Gandolfo, 2011, pp. 156 y 189).

Las identidades son mostradas para que el poema las carcoma, las tome y las abandone, en un movimiento que discute las medidas reconocibles del espacio que va ocupando mientras, a la vez, aglutina figuras que se sustituyen unas a otras en el curso de la escritura. En lugar de la pura negación o una clara postura contra lo dado, la identidad es reemplazada cada vez que entra al poema, después de un reposo que dura poco.

Los jóvenes parecen escribir una poesía no competente y menor de edad, como inmigrantes o extranjeros de su propia lengua. Ignoran los valores del gusto y sus mandatos de continencia. Desoyen la hegemonía de algunas escrituras antes aludidas de la literatura argentina para escribir mal, una poesía que puede no gustarle a nadie. Aun cuando desde la crítica y el periodismo cultural se constituye en cada época un *mainstream* de la escritura, siempre hay numerosas escrituras que le resultan incómodas a ese orden canónico. Justamente, los últimos años se asistió a la proyección nacional de poetas que habían escrito una vasta obra ajena a esos imperativos de época, que suelen provocar, a un mismo tiempo, pérdidas y sobrevaloraciones. Poesía intensa y arriesgada a la que ahora podemos acceder sin que por ello deba volverse un corset creativo para nadie. La multiplicidad de escrituras que propicia La Juntada hace manifiesta una actitud: acoger la heterogeneidad de las producciones, aun las firmadas por un mismo autor. Justamente, si entendemos joven como aquel que busca, de lo que se trata es evitar que se obturen los canales posibles, por el contrario, que el horizonte de lecturas, experiencias y apuestas escriturarias se expanda.

Según el ya citado Prieto, “no son muchos, en nuestra literatura, quienes han desafiado eso que Edward Said llamó el “estilo tardío” y que se han animado a enfrentar la ley del tiempo para ser jóvenes otra vez, o pura naturaleza, o maravillosamente libres”. Y cita los casos de *El Gualaguay*, de Juan L. Ortiz, o *En la masmédula*, de Oliverio Girondo. Y agrega: “Hay algo atractivamente monstruoso en esa conversión: el viejo que quiere ser joven otra vez, el sabio desnudo, al natural, la intemperie ahora no como naturaleza, sino como búsqueda: la intemperie como una decisión sentimental”⁸

Si toda escritura está atravesada por una tensión entre subjetividad y asimilación contextual, La Juntada patentiza el hecho de que siempre hay muchas más posibilidades de hacer poesía de las que suelen aceptarse.

Lenguaraces

En la clase titulada "Hacia un significante nuevo", Lacan sostiene que si lengua es el fruto de una maduración, de una madurez, que se cristaliza en el uso, la poesía resulta de una violencia hecha contra él.⁹ Una poesía joven sería aquella que lucha sin tregua para dar con la forma que le sea propia, un

⁸ En “Natural”, ponencia leída en las Jornadas Internas de Investigación del C.E.L.A., Rosario, 2014.

⁹ En “La estafa psicoanalítica”, Clase 10, 15 de Marzo de 1977, disponible en <http://www.psicoanalisis.org/lacan/24/10.htm>.

modo de construirse una madurez no prestada, más auténtica, que no se conforme con las formas imperantes.

Si la palabra plena es una palabra plena de sentido, la poesía aspira, aunque juegue a poseer una suerte de verdad, a la palabra vacía, que no tiene más que significación. “¿Cómo el poeta puede realizar esta hazaña de hacer que un sentido esté ausente?”, se pregunta Lacan. Reemplazando este sentido ausente por la significación, esto es, un término vacío, como el amor.

La poesía realiza un forzamiento de la lengua por donde se puede hacer sonar otra cosa que el sentido y su madurez. Si esta pone límites, la escritura poética habilita otra dimensión: la del canturreo, la del contrapunto tónico, una modulación que hace que algo informe e inédito se perciba. Por eso la poesía es efecto de sentido pero también efecto de agujero. Poeta joven es el inconformista, el que siente que no es aún lo bastante poeta que debiera ser.

Pero, ¿qué reclama generalmente el periodismo cultural de un poeta? Sus sentidos, sus ideas. Justamente, lo menos interesante que tiene. En la poesía joven importan menos las ideas que el énfasis en la postura que adopta el poeta ante la idea. La idea es y será siempre un biombo detrás del cual ocurren cosas más importantes. La idea es un mero pretexto, un instrumento.

Las formas juveniles vienen determinadas por la propia naturaleza que conduce a la exaltación de lo vivo, a la sensualidad y la violencia gratuita. Una tensión entre la brutalidad del propio deseo y la obediencia. El joven es capaz

de vivir esquizofrénicamente su vida, por un lado, actuando conforme a los dictados de su energía juvenil y, por otro lado, dispuesto a dejarse seducir por aquellos adultos que admira. Un ejemplo de esa ambigüedad lo constituyen las cartas a un joven poeta de Rilke. Con ellas, el poeta célebre responde a Franz Xaver Kappus, quien le había enviado sus tanteos poéticos para pedirle su opinión, habiéndose enterado de que Rilke había sido estudiante de la misma escuela militar. Con sabiduría, el poeta reconocido se niega a caer en la trampa de la madurez:

Nadie puede aconsejarlo ni ayudarlo, nadie. Solo hay un medio. Entre en sí mismo. (...) Después, aproxítese a la Naturaleza e intente decir como el primer hombre qué ve y experimenta, qué ama y pierde. (...) Y si de ese retorno hacia dentro, de esa inmersión en su propio mundo, surgen versos, no se le ocurrirá preguntar a nadie si son buenos o no.¹⁰

Referencias Bibliográficas

- Gandolfo, F. (2011). *Correspondencia*. Buenos Aires: En Danza.
- Gombrowicz, W. (1972). *Autobiografía sucinta, textos y entrevistas*. Barcelona: Anagrama.
- Gombrowicz, W. (2006). *Contra los poetas*. Madrid: Sequitur.
- Pavese, C. (1992). *El Oficio de vivir*. Barcelona: Seix Barral.
- Rilke, R. M. (2004). *Cartas a un joven poeta*. La Habana: Editorial Gente Nueva.

¹⁰ “Carta I”, en *Cartas a un joven poeta* (Rilke, 2004, p. 9).